

## Lenguaje y “castración” en *Los cachorros*

Fernando Rodríguez-Mansilla  
*Hobart and William Smith Colleges*

Publicada en 1967, *Los cachorros* se ocupa del mismo mundo juvenil referido en *Los jefes* (1959) y, en parte, en *La ciudad y los perros* (1963). Se trata de lograr una reproducción en miniatura de un determinado sector de la sociedad peruana: la burguesía mirafloresina de los años cincuenta, es decir, el mundo del Alberto Fernández de *La ciudad y los perros*. Pero, si en esta última el concepto de perro alude al hombre vuelto animal, carente de razón y mero seguidor del instinto, el de cachorro de la obra que nos ocupa alude al adolescente mucho más insignificante y ridículo en su exaltación: el cachorro no puede más que jugar a ser perro, pues está camino de serlo, está incompleto.

Los cachorros de la novela en cuestión forman un grupo compacto al cual busca integrarse desde la primera página aquel muchachito esforzado que es el protagonista, Cuéllar, víctima de un accidente posterior —la castración a causa del ataque de un perro— que vuelve su pretensión vana e infructuosa. Estos golpes que se da Cuéllar contra su grupo, al cual no se siente inscrito del todo, le dan a la obra un tono ridículo y a la vez melancólico, deprimente: Cuéllar no puede entrar y todos sus intentos son inútiles. ¿Por qué no puede? Porque es un castrado. En ese mundo machista y violento de la obra, la castración es fatal. En sentido metafórico, esta última configura “a dramatic exposition of the spiritual and social castra-

tion of the group, of the collective” (Angvik 1997: 123). Así, la castración individual, física, de Cuéllar permite contemplar de cerca la castración simbólica de su entorno inmediato. Por ello, el presente artículo ofrece una lectura de *Los cachorros* basada en términos de la alienación (concepto tomado del análisis de J. M. Oviedo) padecida por los chicos a flor a piel en el plano lingüístico y la consecuente castración a la que estos se ven sometidos por su medio social, revelada por el emasculado Cuéllar, privilegiado y degradado a la vez dentro del texto.

La idea de alienación lingüística se extrae de un hecho sobre el que Oviedo llama nuestra atención: “Los muchachos [de *Los cachorros*] repiten mecánicamente las fórmulas verbales que difunden la radio y la jerga deportiva” (1982: 205). Pero, como veremos, los adolescentes de la novela adoptan con facilidad camaleónica muchos otros registros lingüísticos. Tradicionalmente, se asume la alienación como el proceso de hacer ajeno al individuo: en este caso, aquel deber ser que se le impone al burgués. La alienación lingüística, específicamente, sería adoptar una manera de hablar prestigiosa, la del grupo en el que uno intenta inscribirse, y exhibirla como una señal de identidad. Conforme los chicos crecen —en su tránsito de cachorros a perros, diríase— su habla cambia. Cuando aún son niños y se vuelven fanáticos del fútbol adoptan el lenguaje de tal deporte. Este lenguaje nuevamente adquirido sería un lenguaje alienado.

Este fenómeno no es en absoluto novedoso. Como lo meditaron los teóricos posestructuralistas, nosotros no hablamos el lenguaje, el lenguaje nos habla. Dicho de otra manera: “El lenguaje es algo de lo cual estoy hecho (no meramente un instrumento que pongo a mi servicio); no pasa de ser una ficción —necesariamente— la idea de que yo constituyo una identidad estable, unificada” (Eagleton 1988: 158). La alienación de índole lingüística denunciada por Oviedo, entonces, acabaría por ser un proceso inherente al individuo en sociedad. Sin embargo, en *Los cachorros* el fenómeno salta a un primer plano gracias a la particular narración ejecutada por Vargas Llosa. De acuerdo con Angvik:

The collective narrator exposes the conditioning moral and social norms and prejudices through which the individual is made an “outsider” by the “castrating” attitudes in his immediate environment. The alternation between the first person and the third person plural is what forces the reader to observe from a distance the process of formation and education and its negative and ‘castrating’ effects on Cuéllar and on the group. (1997: 123)

A nuestro parecer, la formación de los chicos se hace patente no solo a través del artificio narrativo correctamente desvelado por Angvik, sino también, a flor de piel, en los distintos registros que los muchachos, con Cuéllar a la cabeza, adoptan. Así, como ya lo ejemplificaba Oviedo, durante su niñez, cuando están embebidos de fútbol, hablan como expertos: “¿Cómo has hecho?, le decía Lalo, ¿de dónde esa cintura, esos pases, esa codicia de pelota, esos tiros al ángulo?” (38). O el siguiente comentario:

Sí, ha mejorado mucho, le decía Choto al Hermano Lucio, de veras, y Lalo es un delantero ágil y trabajador, y Chingolo qué bien organizaba el ataque y, sobre todo, no perdía la moral, y Mañuco ¿vio cómo baja hasta el arco a buscar pelota cuando el enemigo va dominando, Hermano Lucio? (39)

Tras el gusto por el fútbol, se vuelcan a las fiestas (lugar de encuentro con el sexo opuesto). Ambas diversiones (el fútbol y las fiestas) son ya trillados atributos de machismo. Nótese también, en este punto de su formación, cómo los chicos se apropian del saber mambístico: “Cada noche, en casa de Cuéllar, ponían Radio ‘El Sol’ y escuchábamos, frenéticos, qué trompeta, hermano, qué ritmo, la audición de Pérez Prado, qué piano” (54). Más adelante, en las rutinarias salidas de los fines de semana, hablan y actúan, en palabras de Cuéllar, “como hombres”:

Antes, lo que más nos gustaba en el mundo eran los deportes y el cine, y daban cualquier cosa por un match de fútbol, y ahora en cambio lo que más eran las chicas y el baile y por lo que dábamos cualquier cosa era una fiesta con discos de Pérez Prado y permiso de la dueña de la casa para fumar. Tenían fiestas casi todos los

sábados y cuando no íbamos de invitados nos zampábamos y, antes de entrar, se metían a la bodega de la esquina y le pedíamos al chino, golpeando el mostrador con el puño: ¡cinco capitanes! Seco y volteado, decía Pichulita, así, glu glu, como hombres, como yo. (53)

El tercer paso de su aprendizaje, tras el fútbol y las fiestas, es la obtención de pareja. Allí empiezan los problemas graves de Cuéllar. Nace la envidia. El factor envidia, en este caso, es atributo de quien se siente excluido, marginado. Desear lo que desean los otros es la envidia particular de Cuéllar. Nótese, en este punto, que para Cuéllar el lenguaje lleva consigo un afán de posesión: hablar de eso (de lo que ellos hacen a las chicas) es su manera de hacer eso que los otros hacen:

¿Tiraron buen plan?, decía Cuéllar, mientras nos quitábamos los sacos, se aflojaban las corbatas y nos remangábamos los puños en el Billar de la Alameda Ricardo Palma, ¿un plancito firme, muchachos?, la voz enferma de pica, envidia y malhumor, y ellos cállate, juguemos, ¿mano, lengua?, pestañeando como si el humo y la luz de los focos le hincaran los ojos, y nosotros ¿le daba cólera, Pichulita?, ¿por qué en vez de picarse no se conseguía una hembrita y paraba de fregar?, y él ¿se chupetearon?, tosiendo y escupiendo como un borracho, ¿hasta atorarse?, taconeando, ¿les levantaron la falda, les metimos el dedito?, y ellos la envidia lo corroía, Pichulita, ¿bien riquito, bien bonito?, lo enloquecía, mejor se callaba y empezaba. Pero él seguía, incansable, ya, ahora en serio, ¿qué les habíamos hecho?, ¿las muchachas se dejaban besar cuánto tiempo?, ¿otra vez, hermano?, cállate, ya se ponía pesado, y una vez Lalo se enojó: mierda, iba a partirle la jeta, hablaba como si las enamoradas fueran cholitas de plan. Los separamos y los hicieron amistad, pero Cuéllar no podía, era más fuerte que él, cada domingo con la misma vaina: a ver ¿cómo les fue?, que contáramos, ¿rico el plan? (58-59)

Bien visto, hasta el lenguaje del castrado puede llegar a ser un lenguaje también castrado: Cuéllar tartamudea por su timidez, el miedo lo consume cuando se trata de él y las chicas. Compárese su tono inquisidor frente a sus amigos ofrecido en la cita anterior con la siguiente situación, en la que se desmorona cuando le

preguntan por qué no se le ve saliendo con muchachas: “Sssí le gggggustabbbban, comenzaba, las chicccas decentes, a tartamudear, ssssolo qqqque la flaca Gamio nnnno, ellas ya te muñequaste y él además no habbbía tiempo por los exámenes” (62). Recordemos que el miedo (el “muñequarse”) quizás fue la causa por la que lo mordió Judas: “Si se escapa hay que quedarse quietos, los daneses solo mordían cuando olían que les tenían miedo” (37). En el mundo machista que expone la novela la timidez es una falta grave y, en Cuéllar, el lenguaje, a la vez que lo fortalece (como cuando pregunta a sus amigos por sus novias), también lo desnuda cuando se trata del peliagudo tema de su interacción con chicas.

La alienación lingüística no es solo un procedimiento estilístico de la novela, sino sobre todo la puesta en escena de una mascarada. Cuando Cuéllar empieza a cortejar a Teresita cambia su manera de vestir, sus modales y, naturalmente, su lenguaje. Se vuelve “un muchacho modelo” (70). Charla con los adultos como un adulto: “Qué bonito su collar, cómo brilla su anillo, locuaz, ¿fue a las carreras, señor, cuándo se saca el pollón? Y piropeador, es usted una criolla de rompe y raja, señora, que le enseñara a quebrar así, don Joaquín, qué daría por bailar tan bien” (70). Con Teresita, cómo no, se vuelve un seudointelectual:

Hablaba de cosas raras y difíciles: la religión (¿Dios que era todopoderoso podía acaso matarse siendo inmortal?, a ver, ¿quién de nosotros resolvía el truco?), la política (Hitler no fue tan loco como contaban, en unos añitos hizo de Alemania un país que se emparó a todo el mundo ¿no?, qué pensaban ellos), el espiritismo (no era cosa de superstición, sino ciencia, en Francia había médiums en la Universidad y no solo llaman a las almas, también las fotografían, él había visto un libro, Teresita, si quería lo conseguiría y te lo presto). (71)

Este cambio en su lenguaje trae al recuerdo de sus amigos aquel Cuéllar previo al accidente, el correcto: “De nuevo se volvió sociable, casi tanto como de chiquito” (68). Y parte de cumplir aquel deber ser, como una oveja que vuelve al redil, es proyectarse al futuro, hacia una carrera prestigiosa:

Anunció que iba a estudiar: el año próximo entraría a la Católica y ella disforzada qué bien, ¿qué carrera iba a seguir? y le metía por los ojos sus manitas blancas, seguiría abogacía, sus deditos gordos y sus uñas largas, ¿abogacía? ¡uy, qué feo!, pintadas color natural, entristeciéndose y él pero no para ser picapleitos sino para entrar a Torre Tagle y ser diplomático, alegrándose, manitas, ojos, pestañas, y él sí, el Ministro era amigo de su viejo, ya le había hablado, ¿diplomático?, boquita, ¡uy, qué lindo! y él, derritiéndose, muriéndose, por supuesto, se viajaba tanto, y ella también eso y además uno se pasaba la vida en fiestas: ojitos. (71)

La consecuente alegría de Teresita no es inocente, claro. Ella, señorita de buena familia, adopta un lenguaje infantil, de aparente debilidad e inocencia, frente al emasculado, cuando de hecho ella es quien lo manipula todo el tiempo. Este cortejo de Teresita con todo el cambio que involucra en Cuéllar (su regresión a la etapa de niño estudioso y cumplidor) llega a su pico más alto en este punto, cuando el castrado elige carrera y se deja llevar por sus pretensiones legítimas de miraflores. Sin embargo, nuevamente el lenguaje resalta, aunque ahora por su ausencia: Cuéllar no habla, no le confiesa su amor a Tere. El grupo lo arrinconca:

Y Lalo ¿cómo podía dudar? Le caería, tendría enamorada y él ¿qué haría? Y Choto tiraría plan y Mañuco le agarraría la mano y Chingolo la besaría y Lalo la paletearía su poquito y él ¿y después? Y se le iba la voz y ellos ¿después?, y él después, cuando crecieran y tú te casaras, y él y tú y Lalo: qué absurdo, cómo ibas a pensar en eso desde ahora, y además es lo de menos. Un día largaría, le buscaría pleito con cualquier pretexto y pelearía y así todo se arreglaría y él, queriendo y no queriendo hablar: justamente era eso lo que no quería, porque, porque la quería. (76-77)

Cuéllar ha expuesto así la razón de su mutismo, borracho, ante las expresiones obscenas de sus amigos erotizados (“tiraría plan”, “la paletearía su poquito”): tras su “¿y después?” y aquel “era eso lo que no quería, porque, porque la quería” puede comprenderse su intriga por cómo fundar una familia, cómo cumplir con las expectativas de la sociedad y las de la propia Teresita (casarse y tener hijos,

como lo harán sus amigos en el futuro) en su condición de castrado. Ante ello, los amigos le exponen la verdad desnuda: se trata solo de “tirar plan”, porque es “absurdo”, según Lalo, pensar en lo que vendrá. Recuérdese que muchas páginas atrás ellos pensaban que había que ayudar a Cuéllar en esos términos: “Le conseguiríamos una hembra aunque fuera feíta, y se le quitaría el complejo” (60). Sin embargo, fueron ellos también, con Lalo a la cabeza, quienes reclamaron cuando Cuéllar les dio a entender, hacía muchísimo tiempo, que las chicas eran tan solo objetos del deseo en aquellos interrogatorios luego de salir con las novias: “Y una vez Lalo se enojó: mierda, iba a partirle la jeta [a Cuéllar], hablaba como si las enamoradas fueran cholitas de plan” (59). Como se ve, los amigos del castrado han caído en la hipocresía: cuando le convencen para que se le declare a Teresita han recurrido al mismo argumento del que habían renegado, pues ella será solo para un “plancito”, para obtener sus favores y luego abandonarla.

¿Cómo se revela esta hipocresía machista? A través del problema de Cuéllar, cuyo lenguaje y cuyos elocuentes silencios nos revelan esa cruda verdad que subyace a la mentira en la que viven sus amigos: cuando Cuéllar habla está cuestionando su mundo de falsas apariencias (recordemos su interrogatorio procaz). También cuando se calla: su silencio con Teresita, su defensa cerrada al amor (y no al “plancito”) dice mucho de sus principios. Cuéllar logra mediante su posición de outsider y de provocador —a través de sus palabras y sus hechos—, revelarnos la hipocresía que rodea la formación en valores del grupo. No declararle su amor a Teresita va a ser una falta grave también; una raya más al tigre, diríase, para el marginal que es Cuéllar. Se provoca la ira del grupo y los ataques verbales, hasta llamarlo “maricón” (78). El castrado, sin embargo, se nos ha revelado aquí más consciente y digno que su medio.

Vinculemos ahora lenguaje con castración. El castrado se encuentra limitado, mermado en sus opciones vitales. Esta relación frustrada con Teresita permite revelar en alto grado el proceso de castración de los chicos a través de lo que tiene que pasar Cuéllar. Tiene que aprender a lucir su faceta seudointelectual. Tiene que

elegir una carrera decente (no abogado, diplomático) y vestirse correctamente. Tiene que integrarse: asistir a fiestas, conversar con los mayores. Y tiene que aprender a negociar con las chicas, que se muestran crueles e infantiles, pero en el fondo son simplemente manipuladoras: las aparentes ternura e ingenuidad de Teresita contrastan con la dureza de las chicas en grupo cuando juzgan a Cuéllar (son ellas las que lo llaman maricón por no declararle su amor a Teresita). Todo este proceso es exhibido, como en sordina, a través de los diversos registros lingüísticos que se deslizan en la narración de *Los cachorros*.

De manera que Cuéllar, el protagonista, no es el único castrado, los demás también lo están, pero en un sentido figurado. En ese aspecto, la única diferencia entre Cuéllar y sus amigos es que mientras ellos sienten que su vida se desarrolla de forma espontánea y natural, pues se dejan llevar, el castrado físico, por su condición, lo problematiza todo. De allí la afirmación de Oviedo sobre la mascarada que debe sostener el protagonista: “Para cultivar el machismo el castrado Cuéllar tiene que asumir una ficción de segundo grado: fingir que no es un castrado” (Oviedo 1982: 193). Precisamente su conducta trasgresora desnuda la farsa que envuelve a sus amigos. Como un pícaro, Cuéllar denuncia los vicios ajenos a través de los propios. Y como un pícaro también, causa repulsión (como una “mala compañía”) pero a su vez seduce: jamás sus amigos miraflores pierden contacto con él ya que les sirve, los divierte. Y como un pícaro también, tiene su lado moralista, de cuestionador del orden social. La degradación personal es reflejo de la degradación general e invisible que lo rodea. Por ello, tras el fracaso con Teresita, Cuéllar se hunde en el abismo y niega sus orígenes burgueses al juntarse con la inmundicia de la sociedad: drogadictos, delincuentes, gente de mal vivir. Y, sin embargo, el grupo lo acoge siempre: “¿Sabes que ahora se junta con rosquetes, cafiches y pichicateros? Pero los sábados salía siempre con nosotros” (82). Como se ve, existe una complicidad hipócrita del grupo, que habla mal de él a sus espaldas. Sin embargo, este mismo grupo lo acoge y se regocija con sus locuras: Cuéllar es tragicómico porque hace reír a sus supuestos amigos

en medio de su soledad. Cuéllar está y no está con ellos. No está con ellos por derecho (pues es un castrado), pero sí está de hecho. Está con ellos porque ellos lo acogen y mientras les sirva lo acogerán.

El moralismo de Cuéllar queda ejemplificado en la visita al local de Nanette, famoso prostíbulo limeño de los años cincuenta. En la época, era socialmente admitido que los chicos lo visitaran. El hecho es que allí Cuéllar llora no por su vida, sino por la de los demás:

Cuéllar se calmó por fin, partió y en la Avenida 28 de Julio ya estaba riéndose, viejo, y de repente un puchero, sincérate con nosotros, qué había pasado, y él nada, caray, se había entristecido un poco nada más, y ellos por qué si la vida era de mamey, compadre, y él de un montón de cosas, y Mañuco de qué por ejemplo, y él de que los hombres ofendieran tanto a Dios por ejemplo, y Lalo, ¿de qué dices?, y Choto ¿quería decir de que pecaran tanto?, y él sí, por ejemplo, ¿qué pelotas, no?, sí, también de lo que la vida era tan aguada. Y Chingolo qué iba a ser aguada, hombre, era de mamey, y él porque uno se pasaba el tiempo trabajando, o chupando, o jara-neando, todos los días lo mismo y de repente envejecía y se moría ¿qué cojudo, no?, sí. ¿Eso había estado pensando donde Nanette?, ¿eso delante de las polillas?, sí, ¿de eso había llorado?, sí, y también de pena por la gente pobre, por los ciegos, los cojos, por esos mendigos que iban pidiendo limosna en el jirón de la Unión, y por los canillitas que iban vendiendo La Crónica ¿qué tonto, no? y por esos chibolitos que te lustran los zapatos en la Plaza San Martín ¿qué bobo, no?, y nosotros claro, qué tonto, ¿pero ya se le había pasado, no?, claro, ¿se había olvidado?, por supuesto, a ver una risita para creerte, ja ja. (84-85)

Cuéllar llora “por los pobres” y sus amigos no lo entienden, pues están, por así decirlo, del otro lado. La vida es “de mamey” —es decir, excelente— para el grupo, pero la condición castrada de Cuéllar le ha permitido ser consciente de sus carencias y la propia castración, simbólica, de sus amigos. El grupo de muchachos está castrado porque está sujeto a los valores de su clase social, que le impone la monotonía, hacer lo mismo que sus padres, que es lo que luego harán los hijos. Son, recordémoslo, cachorros y como cachorros son incompletos, inacabados, están en tránsito de aprender, de

entrar en vereda. He allí la castración colectiva que la castración física de Cuéllar saca a la luz.

Su condición conflictiva en Miraflores, su territorio primigenio, lo lleva a nuevos rumbos, a Surquillo o el Porvenir, barrios propios del lumpen. Su castración le permite ver el otro lado del mundo, el que no conocen sus amigos mirafloresinos. La castración colectiva no es entonces solo una sujeción a través del lenguaje, sino que condiciona la mirada sobre la realidad circundante y la relación del individuo con su medio, que lo dirige hacia hábitos consolidados que se denuncian en el último párrafo de la novela: “Hombres hechos y derechos”, “hijos en el Champagnat, la Inmaculada o el Santa María” (90). Nada ha cambiado, el mundo mirafloresino sigue girando y lo que hicieron los padres lo hacen los hijos y luego lo harán los nietos. Así, para el lector, la historia de Cuéllar se erige como un testimonio ejemplar: la de hijo de la burguesía que pone en jaque sus valores y acaba sacrificándose como un mal elemento, acaso como la manzana podrida del cajón, para que sus compañeros (que son tan viciosos como él, solo que sumisos) acaben como hombres aparentemente exitosos.

## Bibliografía

- ANGVIK, Birger  
1997 *A Novelist Who Feeds on Social Carrion: Mario Vargas Llosa*. San José: Porvenir.
- EAGLETON, Terry  
1988 *Una introducción a la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica.
- OVIEDO, José Miguel  
1982 *Mario Vargas Llosa: la invención de una realidad*. Barcelona: Seix-Barral.
- VARGAS LLOSA, Mario  
1982 *Los cachorros. El desafío. Día domingo*. Barcelona: Salvat.